

Vivir en misericordia: amar como Dios ama

“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis se os medirá” (Lc 6, 37-38).

Este texto expresa una verdad fundamental: existe un vínculo extremadamente profundo entre la relación con Dios y la relación con el prójimo; el pensamiento bíblico pone en evidencia a menudo esa unión. Cerrar el corazón al hermano es automáticamente cerrarlo a Dios y a su gracia. Abrir el corazón al otro es, ciertamente, abrirlo a Dios y a la abundancia de sus bendiciones. La bendición divina sobre mi vida se medirá por mi actitud hacia mi prójimo.

La quinta bienaventuranza expresa un aspecto radical para la auténtica vida cristiana: cuanto más misericordioso sea yo con mi hermano, más lo será Dios conmigo, *“Ante todo, mantened entre vosotros una ferviente caridad, porque la caridad cubre la multitud de los pecados” (1Pe 4, 8)*. Esta bienaventuranza toca todos los aspectos de la misericordia. Se aplica a todas las formas de bondad, de amor, de benevolencia, de paciencia, de soportarse unos a otros.

De la misericordia brota inequívocamente el perdón. Es una parte indispensable: sin perdón, el mal no cesa de multiplicarse. Solo el valor de perdonar pone fin a la propagación del mal. Más aún: el perdón realmente me libera. Sin duda le hace bien a la persona a quien perdono, pero me hace más bien a mí. Me hace recuperar la libertad y la paz.

Así lo expresaba san Bernardo a sus monjes: *“Si eres muy pecador y buscas una gran misericordia y una inmensa compasión, afánate en acrecentar tu propia misericordia. Reconcíliate contigo mismo, pues eres una carga para ti al ser enemigo de Dios. Y restablecida ya la paz en tu propia casa, deberás comunicarla en primer lugar a tus allegados. Entonces el Señor te besará con su misma boca, como está escrito (Cantar de los cantares 1, 1) y, reconciliado, tendrás paz”*.

No perdonar significa seguir atado al pasado. Si me han hecho sufrir hace años y no he perdonado, quiere decir que sigo en cierto modo encadenado a mi pasado, atado a lo que sucedió entonces, y no dispongo de una plena libertad para vivir la belleza de lo que se me da hoy. Una parte de mí está cerrada a la bendición del hoy. No perdonar significa conservar en nuestro corazón sentimientos y pensamientos de rencor, de cólera, de amargura, que nos quitan energías, nos impiden estar disponibles a la riqueza de la vida y desplegar lo mejor de nosotros mismos.

Jorge Valls, que pasó veinte años en las cárceles de Fidel Castro, declaró: *“si no hubiese perdonado, hubiese acabado como mis perseguidores, lleno de odio. El perdón*

nos impidió convertirnos en animales rabiosos. El perdón nos puso por encima de la desgracia, del odio, del desprecio. Mi enemigo se convertía en mi hermano.”

Pero la Pascua nos invita a un perdón aún más exigente. Si alguien nos ha perjudicado, solemos considerar que esta persona tiene una deuda con nosotros y que tenemos un derecho contra ella: el derecho a reclamar una reparación, por no decir el derecho a vengarme. Pero las celebraciones pascuales nos invitan a dejar en manos de Dios el restablecimiento de esa justicia, renunciando a nuestras pretensiones. No saber perdonar como Jesús nos pide significa conservar una cantidad a veces considerable de “facturas”. Pero este montón de reivindicaciones acaba infaliblemente por envenenarnos la vida. Alimenta amarguras, reproches, esperas de reparaciones por los daños causados que son casi siempre irreales. Lo que hemos perdido nunca podrá ser restituido como quisiéramos. Nuestras exigencias devienen pronto excesivas, nos colocan en una actitud de dependencia respecto de la persona contra la que alimento rencores. Echar al fuego todas esas facturas, “*perdonar las deudas*” como nos pide el Evangelio, es recuperar la libertad.

Por eso el Evangelio nos invita, no a reivindicar el pago de las deudas, sino a perdonarlas. Que una persona te perjudique o que tú le hayas procurado un bien, debemos considerar que no por eso nos debe algo. Tenemos que aprender a amar sin pedir nada a cambio. Jesús tiene palabras fuertes, escandalosas, que no pretenden ponernos en situaciones insoportables, sino arrancarnos de la lógica del intercambio, para que seamos al fin libres para amar: “*Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: ni repliques al malvado; por el contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto. A quien te fuerce a andar una milla, vete con él dos.*” (Mt 5, 38-41).

Estas palabras de Jesús nos pueden sorprender, pero nos abren un camino de libertad: salir de nuestros cálculos, de nuestros miedos, de nuestros mecanismos de defensa, para gustar de la alegría de amar, libre y gratuitamente. Muchas veces tenemos miedo de perdonar realmente las deudas porque tememos vernos vacíos, desposeídos, sin ningún medio para procurarnos lo que nos parece legítimo, lo que puede asegurar nuestra felicidad. Pero ese es un mal cálculo. Al final, acabamos por reclamar de los demás cosas que solo Dios puede darnos (seguridad, paz, felicidad...).

De este modo la bienaventuranza que nos llama a vivir en la misericordia nos hace un bien impagable. Así lo expresa el profeta Isaías: “*Si apartas de en medio de ti el yugo, el señalar con el dedo y la maledicencia, y ofreces tu propio sustento al hambriento, y sacias el alma afligida, entonces tu luz despuntará en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía*”.

Lo que sorprende en este texto es la cantidad de bendiciones concedidas a quien practica el amor al prójimo. Santa Teresa de Lisieux quedó impresionada por este pasaje y lo citaba a menudo a las novicias que tenía a su cargo. Su hermana Celina nos hace un bello comentario. Teresa interpreta la frase: “*dejar libres a los oprimidos*” del modo siguiente: cuando se hable delante de ti de algún defecto de una de tus hermanas, no te sumes nunca; busca, por el contrario, sin falta a la verdad, destacar sus cualidades. Rompe todo lo que supone carga para los demás.